

## EDUCACION, VERDAD Y AUTORIDAD

Quisiera comenzar recordando una metáfora que solía proponernos mi profesor en las heladas noches del invierno norteño, en el galpón que nos servía de aula. La educación aparecía en ella como el laboreo de los campos, de la tierra (que éramos nosotros, los alumnos), por los que aran, los profesores, sudorosos y jadeantes por el trabajo y cubiertos del polvo, que ellos mismos levantan, se tropieza con grandes desniveles y pozos en los surcos, piedras y restos inútiles y secos de siembras anteriores, falta humedad o se hunden en el barro, y el abono es escaso y caro. Los inversores piensan: cuando terminarán? Y los que pasan se limpian el polvo. Pero luego, si las plantas crecen hermosas y productivas, todos dicen: Aaaahhhh, que buena tierra...que buena semilla...Y del laboreo, poco y nada...

Trataré de reducir la faena de hoy, entonces, a unas pocas surcos o indicaciones:

**La primera** es la cuestión de los fines, porque es cierto que nada es más difícil que llegar a **ser lo que somos, es decir llegar a ser un hombre**. El desenvolvimiento dinámico por el cual un hombre llega a serlo, es educar. Animal de cultura, el hombre necesita el desenvolvimiento de la civilización social; histórico, se despliega en tipos étnicos culturales distintos; tiene poder de conocer ilimitado pero debe avanzar paso a paso, intelectual y moralmente, auxiliado por las experiencias acumuladas y conservadas del pasado. La paradoja es que para conseguir la libertad para la que fue hecho, tiene necesidad de disciplina y tradición, que lo reglan u oprimen y a la vez lo fortalecen para hacerse capaz crear lo nuevo ¡y enriquecer esa historia con ello!, hasta que sobreviene el nuevo combate entre tradición y novedad.

Este arte de guiar, disciplinando y liberando, a un tiempo, pertenece al dominio de la moral y la sabiduría práctica, y es muy difícil. Su primer peligro es distraerse del fin, buscando los medios por amor a su propia perfección y no solo como tales. Porque entonces no conducen al fin: el arte pierde virtud práctica al desarrollar medios multiplicados el infinito, tan precisos y extensos, tan aparentemente superiores a la pedagogía tradicional, que se despegan del fin real y nos vuelven impotentes para comprometernos con el educando: tan apretado en los tests y sus necesidades detalladísimas, su siquismo y los métodos para hacerle todas las cosas fáciles, tan desmenuzadas, que queda **relegado o incomprendido el fin**, como sucedería si el médico concluyera por olvidar la cura de tan inmerso en las técnicas y los análisis que está.

Por supuesto que debemos reconocer que hay todavía, efectivamente, dos ideas honestas vigentes, sobre el hombre: una puramente científica, que se desentiende de todo contenido ontológico no experimental, y otra filosófica y religiosa. Quisiéramos disponer de tiempo y

talento para hacer la crítica de cada una, pero ambos me faltan y los demoraría, sin necesidad. Pero, por los frutos, ya sabemos que si fundamos la educación solamente en la primera idea, la falsearíamos porque no podemos dejar de preguntarnos por la naturaleza y el destino del hombre y ella no tiene, **ni quiere tener**, nada que decir acerca de ello. Una idea puramente senso-material del hombre, solo puede conducir a domesticarlos para uso del Estado o de algo peor.

Tenemos que optar: el objeto o fin de la educación es guiar al hombre –individuo fragmento de la especie y a la vez persona única e irrepetible de suprema dignidad, sin dejar nada en él camino- en su desenvolvimiento dinámico. El **se construye** persona con conocimiento y fortaleza de juicio, en las virtudes morales, mientras se enriquece con el acervo hereditario de la civilización a la que pertenece. También incluye las utilidades para ejercer oficios y artes para ganarse la vida. Y también la belleza que gratifica el espíritu y eleva el alma, y la abre a lo más alto. Estamos frente a las condiciones que hacen posible la verdadera libertad de autonomía, que se conquista con esfuerzo constante y combate sin tregua. Pero, volvamos al arado, porque la libertad es tarea de sembradores (no mía).

**La segunda indicación se relaciona con la verdad**, porque la libertad no puede ser un simple despliegue de facultades o movimiento sin fin u objetivo preciso. Tiende por naturaleza a un objeto o fin objetivo que las medirá y regulará, liberándolas espiritualmente. La verdad no depende de nosotros sino de lo que es. No es un conglomerado de fórmulas fabricadas de antemano para ser registradas pasivamente y encarcelar al espíritu. La verdad es un dominio infinito, como el ser. No nos sirve para nada, existe para ser servida. Sobrepasa, infinitamente, nuestro alcance y nos provoca a una actividad vital, purificada, progresiva, de conquista de significaciones nuevas de las verdades ya poseídas y ensancha nuestra vida espiritual.

Por eso es inadecuada a la educación la sobrevaloración de lo “práctico”, que es muy bueno, en sí, porque la vida es acción, pero siempre que tienda a un objetivo vivificador. Toda idea humana, si ha de tener un sentido, ha de llegar a lo que las cosas son, a aquello en que consisten. El pensamiento humano es capaz de iluminar la experiencia y realizar deseos que son humanos porque arranca del primordial anhelo del bien sin límites, y de controlar y reconstruir el mundo. Al principio de cualquier acción humana existe la verdad, captada por ella misma, por amor a la verdad, amor sin el que no existe acto humano eficaz. El pragmatismo filosófico y pedagógico, ha instalado un escepticismo escolar muy bien equipado para la crítica y la duda y ha creado, en contra de la natural inclinación de la inteligencia, la desconfianza hacia la idea misma de verdad y sabiduría.

Si la humanidad llegara a sobreponerse a las graves amenazas de deshumanización esclavizante (materialismo, drogas, explotación, trata de personas, terrorismo, peligro nuclear, autoritarismo, deterioro de la educación, por ejemplo), a que tenemos que hacer frente en estos días, tendrá seguramente sed de un nuevo humanismo –que será comprensivo e universal, como ha sugerido el hoy Papa emérito, en un escrito sobre el que sugiero debiéramos organizar otra tarde de reflexión, si vuestra paciencia alcanzara- y hambre de redescubrir la integralidad del hombre mediante una educación –precisamente- integral.

Si es verdad que el individualismo burgués está muerto (lo dicen todos, yo me allano, con sobria desconfianza) **habrá que arar un surco nuevo sobre sus restos en busca de una tercera indicación.** De que se trata? Pues de comprender las relaciones hombre, sociedad, trabajo, y bien común desde una nueva perspectiva, no totalitaria ni colectivista como la colmena, sino comunitaria y personalista como la hermandad solidaria fundada en los derechos humanos, que germina **si sembramos el mensaje perenne de la ley natural:** la discordia entre exigencia social e individuo es artificial, libertad y responsabilidad no se oponen, se corresponden y necesitan, y es de mala fe oponer bien general al desarrollo de la humanidad en cada persona individual.

Los educadores tienen un deber manifiestamente doble: Trabajar para las tareas esenciales de la formación humana (humanista) y a la vez adaptarlos a las actuales y cambiantes exigencias del bien común. Los fines esenciales de la educación, la formación del hombre y la libertad interna de la persona humana deben siempre mantenerse, cualquiera sean las exigencias nuevas de la sociedad y de la política, que no se deben ni pueden rechazar. Pero si se aceptan torcidamente, falseando los esenciales valores humanos, convirtiéndola en un órgano político del estado y adoptando un patrón autoritario, se faltarán a las **naturales funciones** de la educación y el bien común, que pudiera haberse pretextado, no será servido, sino traicionado.

En nuestro mundo, la educación ha tomado y tomará una importancia y amplitud cada vez mayor (a no ser que aceptemos regresar a la barbarie?), y constituye el órgano de una función fundamental y decisiva en una comunidad civil consciente de la dignidad del pueblo y del advenimiento de un humanismo integral. Siendo tema de interés público no puede el estado permanecer al margen y su ayuda y supervisión es necesaria. El número de institutos establecidos y subvencionados por el estado es y será creciente y este proceso, normal en sí mismo, debe realizarse en libertad y por la libertad, **para entender y conducir correctamente la relación entre autoridad y educación.**

Esto no es todo sino el principio. Les dije que arar es duro. Aquí tenemos que exponer ahora claramente el principio pluralista, para ver hasta donde les resulta a Uds. aceptable. Todos los grupos resultantes de la libre asociación deben **gozar de la mayor autonomía posible** y

compatible con el bien común y la suprema autoridad del estado se funda y sostiene precisamente en el reconocimiento eficaz de esos derechos. En educación, se llama libertad académica y no sólo es el derecho de fundar escuelas por cualquiera que esté convenientemente preparado y equipado y en regla con las leyes del estado (no con el criterio de “turno”), sino que las instituciones de enseñanza puedan asociarse libremente en uniones, que reglen sus relaciones, pero que tengan prohibido coartar la libertad interna de sus miembros. Y el estado podría **acordar** con los representantes de las uniones organizadas entre sí, las intervenciones imprescindibles para el bien común, sin excluir a las uniones de padres, sindicatos de trabajadores de toda clase y organizaciones sociales y empresarias que quizás fueran decisivas a la hora de financiar fundaciones privadas educacionales. Acordar, porque la educación es un derecho de padres, hijos, iglesias, movimientos sociales, asociaciones, etc. y no una propiedad de Estado.

Para las asociaciones, escuelas y educadores, como para cada ciudadano a su respecto, se sigue de lo dicho arriba, la libertad, los derechos y la autonomía conllevan la responsabilidad, los deberes y las obligaciones morales. Autoridad y libertad son tan necesarias por naturaleza como los conflictos que a veces surgen. La autoridad política y su derecho a mandar (dirigir) y ser obedecida de buena fe, no se opone a la libertad, sino que es exigido por ella. La autoridad despótica sacrifica al hombre a la servidumbre de un bien privado del jefe o amo. La autoridad política conduce a los libres e iguales al bien de la multitud entera, al cuerpo político, bien que todos desean y revierte sobre todos.

Esa autoridad política que nada es sin la justicia, requiere por naturaleza la libre obediencia fundada en la conciencia y en la obligación moral. El poder de obligar solo es adicional, por el hecho de que el mandato justo, es a veces menospreciado por alguno. Pero si la autoridad no es auténtica, no hay derecho a ser obedecido y el poder de obligar es tiránico. Como ven, todavía nos quedan algunos surcos sin recorrer y el **cuarto es que** todos estos principios se aplican tanto a individuos como a grupos de la sociedad civil. Y el cuerpo educacional, en la medida en que es libre y autónomo o debe serlo, está obligado para con el bien común. En la medida en que una función de primera importancia se le ha confiado, está obligado para con la comunidad entera a sentirse responsable del interés general. La autoridad política tiene que proteger la libertad de enseñanza, pero también está obligada a conducirla al bien del todo, porque se trata de cosas que atañen esencialmente a la vida misma del todo. Así que, si bien a veces se dice, con acierto, que la educación debe o hasta consiste en la auto-perpetuación de una cultura aceptada, que es la vida misma de una determinada sociedad, si esa cultura está plagada de errores, crueldades y esclavitudes, debe hacer lo posible por cambiarla.

Es de temer que a veces la cultura dominante desconozca la suprema dignidad de la persona y su espíritu y postule que la vida y la moralidad humana están reguladas por valores puramente materiales, tecnológicos y biológicos. Y como el hombre no puede prescindir de alguna amorosa adoración, el culto del monstruoso Leviathan se abrirá paso en su alma. Porque la ciencia y la tecnología son buenas para los hombre y el espíritu –y mucho- pero si son reverenciadas de tal modo que excluya toda sabiduría superior y **excluya también** el interés por comprender cosas distintas de los fenómenos calculables, solo dejan como saldo las relaciones de fuerza y placer, bajo una dominación tecnocrática que es siempre totalitaria. Al contrario, una sociedad tecnológica puede ser democrática, si está vivificada por una inspiración que la trascienda, reconozca que el mundo necesita un suplemento de alma y que la mecánica llama a la mística (pensaba robar esta frase de Bergson, en la esperanza de pescarlos distraídos, pero al fin me arrepentí).

Admitamos, con humildad –para ir terminando este surco- que necesitamos reencontrarnos con la fe natural de la razón en la verdad, que llevamos en nuestro subconsciente, porque somos hombres. Pero la hemos perdido en un tortuoso y confuso camino en que filosofías y políticas mendaces nos han enseñado que la verdad es una vieja noción que ya no se usa y que hay que remplazar por los a priori, las practicidades, los éxitos de los procesos prácticos y hasta por los estados mentales y las simpatías sociales mayoritarias. El universo y el valor de lo no verificable sensorialmente, nada significan hoy, y entonces se rechaza el valor objetivo de toda exigencia espiritual. Este conflicto interior no solo envenena a la educación, sino también a la democracia, porque la energía de ambas proviene de valores espirituales: la voluntad de justicia y la esperanza en la fraternidad entre los hombres. Como podrían conservar y hacer valer ese ideal histórico después de tan largo tiempo sumergidas en un pragmatismo sin embozos?

Los campeones del pragmatismo viven como un automovilista, que despreciara los aviones, porque solo sabe conducir en tierra y duda si volar. Pero, vivir en un estado de duda es una actitud altamente civilizada en lo que concierne a las infinitas posibilidades y a las futuras conquistas de la ciencia descifradora de los fenómenos. Pero vivir en estado de duda en lo que no son fenómenos, sino en cuanto a las últimas realidades cuyo conocimiento es una posibilidad natural, un privilegio y un deber para la humana inteligencia, es vivir más miserablemente que los animales, que tienden, al menos, con seguridad instintiva, sólida y confiada, hacia los objetivos de su efímera vida. Que tarea resolver este problema de la educación y de la democracia: unir ideal y realidad, pensamiento y acción, suturar la herida que separa el ideal –razón de ser y obrar- y el modo en que se viven.

Es que el bien común está ligado –depende- de que las creencias y acciones del estado y de la educación estén explícitamente orientadas a la verdad. Es que el Estado, y el gobierno, tienen

necesidad de la verdad; tienen, como la nación, deberes para con la verdad y, la enseñanza, no es legítima sino porque transmite la verdad, o lo que cree es la verdad. Por eso el estado tiene la obligación de velar por la enseñanza de la verdad, solamente porque las exigencias mismas del bien común lo requieren. Respetando por un lado la libertad de las inteligencias, cuya ley espiritual interior es no aceptar cosa alguna que no sea verdad y por otra las distintas concepciones teóricas que florecen pluralmente en la sociedad y las condiciones culturales – tradiciones y creencias- que esas concepciones crearon.

**Nuestra quinta indicación y última vuelta de este arado**, será indicar como la misión de la universidad tiene vínculos con la verdad, ya que el magisterio de la Iglesia sostiene que el fin que reúne libremente a profesores y estudiantes, es el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento.

Nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre. Se puede desprender de ello una conclusión muy precisa: la universidad cumple este servicio a las personas y a la sociedad siendo ella misma y haciendo lo que le es más propio, es decir, enseñar, investigar y publicar en todas las áreas del conocimiento. Sin embargo, qué lejos estamos de orientar nuestras conversaciones sobre la propia universidad con estos criterios. Evidentemente, cumplimos las funciones de enseñar, investigar y publicar. Pero no se definen desde el sentido de la verdad –desinteresadamente- sino como las funciones de una industria educacional y cultural, es decir, como un conjunto de métodos y procedimientos para dar títulos y acreditar competencias, para certificar grados del saber y patentar innovaciones tecnológicas, para agregar valor económico a la producción del país e incrementar los recursos de los cuales la misma universidad dispone.

Cuando se pierde el sentido de la verdad y de la libertad, las personas quedan completamente indefensas frente a la tiranía de los poderosos, de las modas intelectuales, de la distribución desigual del prestigio y de la estima, de las imágenes e informaciones interesadamente editadas por los medios de comunicación, de lo políticamente correcto. Por ello es tan importante que las sociedades tengan la experiencia cultural de comunidades que aprecian la sabiduría, que hacen de la cultura un espacio de auténtica supremacía humana, y donde no se sacrifica la dignidad del pensamiento a los variados y cambiantes ídolos que parasitan a costa de la vida humana.

Los más graves problemas contemporáneos: la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana

a nivel nacional e internacional, deben investigarse con profundidad y rigor en cuanto a sus causas y efectos, pero sin descuidar sus dimensiones morales. Y eso es lo que ocurre cuando el saber se reduce a información y los medios de comunicación se transforman en los principales orientadores y hasta educadores, como ocurre en los tiempos actuales de la globalización. Dan información sobre los acontecimientos noticiosos cotidianos, pero se muestran bastante insensibles e indiferentes a las dimensiones más esenciales de la existencia.

Me arriesgo a decir que la Universidad es la única institución de la sociedad que tiene la capacidad de asumir esta tarea crítica de forma más esencial, particularmente en relación a los problemas que se despliegan en el mediano y largo plazo y tendrán efectos más permanentes sobre las nuevas generaciones

Los problemas que investiga la universidad en busca de soluciones racionales y con viabilidad técnica son los problemas de la sociedad de una determinada época. Y si bien esta relación de servicio ha existido siempre a lo largo de la historia, en el mundo actual se ha vuelto imprescindible.

El desarrollo tecnológico exige la formación de capacidades técnicas, el correcto planteamiento de los problemas, el manejo adecuado de la información, una visión estratégica de mediano y largo plazo, capacidad de gestión y tantos otros aspectos que son aportados fundamentalmente por las universidades. Ellas determinan decisivamente en el presente la arquitectura del conocimiento y de la información que sostiene la viabilidad de la sociedad. Pero ello no puede implicar que las universidades se orienten solamente a satisfacer las expectativas y demandas de la sociedad, perdiendo la autonomía que reivindicaron desde su nacimiento.

Frente a la sociedad, la universidad tiene una responsabilidad muy grande, porque tiene una autoridad que no surge de algún privilegio que ella le haya concedido, ni de ninguna disposición legal o administrativa, sino del sólo hecho de ser una universidad que tiene un pensamiento científico serio, que está respaldado no sólo por datos empíricos, sino por la calidad humana e intelectual de la consagración de sus miembros a la búsqueda de la verdad. En ello reside su confiabilidad a los ojos de la población, es decir, cuando se vuelve evidente que la universidad guía sus investigaciones, sus enseñanzas y sus publicaciones por un interés superior que le resulta irrenunciable.

Y no se guía, simplemente, por las indicaciones del que ara, que, seguramente, poco ve por el polvo que levanta, sino **que mira más allá y más arriba.**

Julio Plaza

